

Los poemas del poeta enlutado

Luis
Alberto
Crespo



Vicente Gerbasi, un nuevo poemario editado por Binev

CARACAS. (Venpres) – Aun frente a lo trágico, frente a lo irremediable, Vicente Gerbasi mantiene un acercamiento con lo que encanta y lo que suscita ternura. Toda entonación elegíaca adviene, en su escritura, celebración, canto, motivo estético –por no decir lírico, que es término asaz manido– para hermanar la tiniebla y el fulgor. Es que Gerbasi, a medida que vive y alcanza la sabiduría de la inocencia, el conocimiento de la pureza, descubre para sí y para nosotros –es decir, para el confidente– el lenguaje encantatorio que es menester cuando el poeta transfigura el dolor y el despojo afectivo en exaltación de los sentidos y en inteligencia con la eternidad.

De allí que *Diamante fúnebre*, donde la orfandad amorosa es personificada en la esposa muerta, participe de esa entonación y esa esencialidad que hace de la imagen sombría no un decir crepuscular, no un decir amargo, sino una invitación a conjurar nuestra muerte mediante la epifanía o la celebración gozosa del ser que se convierte en espíritu, en alma, ocupando nuestro interior como criatura sin mácula y en íntima amistad con nuestro aliento y nuestro pálpito. En *Diamante fúnebre*, este milagro del conjuro toma un cariz religioso: poeta cristiano o católico, como el mismo Vicente Gerbasi gusta definirse, quien dice el poema para nombrar y tocar la ausente en lo invisible elige la plegaria y la oración solitaria en las que, entretreídos forman urdimbre el testimonio real y el testimonio ilusorio, la vida y el sueño, el estar en la tierra y el ausentarse en el aire –por repetir a Rilke– entre cuyos límites nuestra edad primigenia –la infancia– vive su señorío. Es aquí, en el centro mismo de esa temporalidad, a la vez vivencial y a la vez ensoñada, donde Gerbasi ha hallado siempre la motivación de su obra, pues ella le permite conciliar formas y sombras de un paisaje que –a estas horas– ya no pertenecen al fuera de Canoabo sino a la palabra que ha ocupado y corporizado recuerdos, sensaciones, distancias. Por eso, en *Diamante fúnebre* la escritura ya no persigue el descubrir el mundo inmediato más allá de las estrellas sino en habitarlo dentro de nosotros, convertido en actitud, en regla de vida, en visión de cuanto vive y muere y se hace destino. Así, entre la astromelia y la ceniza, entre las constelaciones y el polvo, entre el ayer y lo eterno, una corriente única y continua de lo genésico troca en hecho sagrado todo lo que la escritura poética atesora

y materializa, no importa que provenga del sueño, de lo imaginario porque igual mantiene sus rasgos de realidad lo mismo que el paisaje de Canoabo, que los perfiles de otros ámbitos –Europa, Medio Oriente, lejanías caras a Gerbasi– pues el afuera –se dijo unas páginas arriba– se ha tornado puro sentimiento de la imagen, vocablo exorcista.

Diamante fúnebre, bien que centra su motivación en la invocación recurrente de la esposa perdida, propone al lector una mirada retrospectiva del último lenguaje gerbasiano –el que inicia con *Retumba* como un sótano del cielo–, hecho de poemas sueltos, interrumpidos por el blanco y cuya conclusión es el estremecimiento o la perplejidad; pero asimismo una mirada totalizadora de las constantes temáticas que develan al poeta: la hoja, el ave, el mundo, el universo, la muerte (pero, cuidado, la muerte como espiritualización de lo real, nunca como cesación de lo que ha vivido).

Subyuga el riesgo que a estas alturas de su existencia asume Gerbasi en *Diamante fúnebre*, al incorporar formas poemáticas despojadas de toda suntuosidad, centradas más bien en el dibujo el rasgo, la pequeña enorme presencia de lo que gime y tiembla en el espacio del paisaje y del infinito de arriba. Alguien asevera –creo que fue Ignacio Iribarren Borges en su estupendo ensayo sobre la ora poética de Gerbasi– que una conducta panteísta mueve el corazón de esta poesía. En las páginas de *Diamante fúnebre*, el dios primitivo cede su dominio al Dios católico. Consuelo, la ausente, constituye el motivo raigal del libro, pero también el origen y fin de los otros motivos poéticos. Ella es, en definitiva, la causa, el impulso creador de la poesía gerbasiana, sólo que aquí, en *Diamante fúnebre*, su condición de dadora del lenguaje en el que funda Gerbasi su obra recobra su perfecta y constante participación: es ella, Consuelo, sobre todo ahora que convive con la añoranza, del paraíso perdido gerbasiano, quien promueve el asombro ante lo maravilloso y lo terrible.

Diamante fúnebre ha sido editado por Binev en su colección Encantamientos para encantados, bajo la dirección de Roberto Colantoni y Enrique Hernández D'Jesús. En el umbral del libro el mirar de Gerbasi, sorprendido por Hernández D'Jesús, pareciera simbolizar el alcance celeste –sagrado– de esta escritura de atardecer.